



COMUNICACIÓN ACADÉMICA N° 1749

Del académico de número don Oscar Conde, acerca de

TACHERO

Señora Presidenta:

A fin de investigar el origen de la voz *tachero*, consideré necesario comenzar mi búsqueda lexicográfica por el sustantivo *tacho*. No lo encontré en Dellepiane, pero sí en *El lenguaje del bajo fondo* (1915), donde Villamayor anota: “tacho: el reloj”, a pesar de que no utiliza el término en su novela *La muerte del Pibe Oscar* (1926).

Roberto Arrazola consigna: “*tacho*: reloj de bolsillo de gran tamaño y poco valor” (*Diccionario de modismos argentinos*, 1943, p. 183). Otros diccionarios lunfardos en los que se registra la voz *tacho* en su acepción de ‘reloj’ son Cammarota (1964 y 1970), Andrade y San Martín (1967), Casullo (1972), Gobello (1975), Escobar (1986), Tino Rodríguez (1987), Teruggi (1998), Espíndola (2002), Gobello y Oliveri (2004). Hay que señalar que dicha acepción no es la única. Todos los autores mencionados incluyen también la acepción de ‘automóvil’, y algunos particularmente la de ‘auto viejo’. Además, Cammarota, Casullo, Gobello, Dis, Caparelli y Tino Rodríguez registran *tachómetro* con el sentido de ‘reloj ordinario’.

Por otro lado, según José Barcia en su *Diccionario Hípico* (1978), en el ambiente del turf, *tacho* y *tachómetro* quieren decir ‘reloj’ y, en especial, ‘cronómetro’. De allí que entre burreros el *tachero* sea el ‘cronometrista que registra los tiempos de los ejercicios de los caballos para ser publicados en la prensa’ (Barcia, p. 190), acepción que vi confirmada en el *Diccionario de voces y expresiones argentinas* (1979) de nuestro académico *honoris causa* don Félix Coluccio.

De la antigüedad de la palabra *tachómetro* en Buenos Aires, me alertó nuestro Amigo Medalla de Plata Jorge Oscar García, cuando me contó que en el capítulo 1 de *Juvenilia*, de 1884, Cané escribe: “Atrasar el reloj era inútil por dos razones tristemente conocidas: la primera, la proximidad del Cabildo, que escapaba a nuestra influencia; la segunda, el tachómetro de plata del portero que, bien remontado, velaba fielmente bajo su almohada” (Cané, *Juvenilia*, Buenos Aires, CEAL, 1980, p. 16). Este testimonio descarta por completo que *tachómetro* provenga del inglés *tachometer* ‘tacómetro, aparato que mide el número de revoluciones de un eje’, ya que dicho instrumento comienza a ser conocido por la mayoría de la gente recién cuando se introduce el automóvil. En mi opinión *tachómetro* procede de la aplicación del sufijo castellano *-metro* a *tacho*, voz que podría haber designado a cualquier objeto de latón, metal u hojalata, como aventura Héctor Musa en el tomo 3 de *Calepino Lunfoargentino* (Buenos Aires, Dunken, 2005, p. 381).

Un registro literario de *tacho* en el sentido de ‘reloj’ lo encontramos en *He visto a Dios* (1930), donde Francisco Defilippis Novoa incluye esta frase (citada por Casullo en su diccionario): “¿Para qué grita? Aquí está el reló... el tacho... tome...”.

Yendo a la voz *tachero*, la he hallado en diccionarios confeccionados en la década de 1970, pero no antes: Gobello (1975) la define como ‘conductor de automóvil con taxímetro’, Caparelli (1980) como ‘taximetrero’ y Dis (1975) como ‘taxista’, pero además

este último autor introduce, el primero, una nueva acepción de *tacho*: ‘taxímetro, automóvil de alquiler’, en directa conexión con la acepción de ‘automóvil’ o de ‘auto viejo’ recogida por varios lexicógrafos anteriores.

Podría pensarse así en un cruce de las dos acepciones de *tacho* (‘auto’ y ‘reloj’) para arribar a una tercera: ‘taxi’. Sin embargo, creo yo que el sentido sigue más ligado al de reloj. Recordemos que los cocheros también llevaban un taxímetro que indicaba lo que sus pasajeros debían pagar. En *Mateo* (1923) Armando Discépolo presenta a su protagonista, Miguel, diciendo en el cuadro primero: “Un viaje de ocho cuadra. Se bajaron para tomar un automóvil. Estaban apurados... E todavía me discutían el taxímetro: ‘¡Está descompuesto!... ¡Está descompuesto!...’ ¡Ladrones!” “¡El que está descompuesto soy yo!” —le he contestado. He tenido que revolver el fierro para cobrar”.

En suma, me inclino a pensar que este elemento de medición, usado primero en los coches a caballo y luego en los automóviles de alquiler es el que, por metonimia, le dio nombre al taxi, y que es de dicha acepción de *tacho* que deriva *tachero*, en su acepción de ‘taxista’, que fue registrada en diccionarios lunfardos en la década del ’70, pero que seguramente se estaría utilizando en Buenos Aires desde una o dos décadas antes.

Buenos Aires, 5 de abril de 2014

OSCAR CONDE

Académico de número

Titular del Sillón “Benigno Baldomero Lugones”